

## UN SONETARIO PARNASIANO

El año 1944 el poeta Manuel F. Rugeles mereció el "Premio Municipal de Poesía" con su bello poemario nativista "Aldea en la Niebla" (1). Al ocuparnos en aquella ocasión de dicho libro, hicimos referencia, en una nota, al perfecto dominio que el poeta demostraba poseer de una forma tan clásica de versificación como el soneto; aunque en dicho libro no se hallaban sino unos pocos ejemplos de esa clase de composiciones (2).

Pero ya por entonces el mismo Rugeles traía en preparación una nueva colección de poesías, que vino a publicar en 1946 con el título de "Puerta del cielo". (3) La presentación artística y tipográfica de este libro es excelente, y su contenido literario es de 32 sonetos, clasificados en cinco secciones tituladas: *Puerta del cielo*, *Paraíso recobrado*, *Sonetos de la fé en Cristo*, *Clamor de tierra herida y Sangre y Espíritu de España*.

Dura y arriesgada tarea la del poeta que se lanza a escribir sonetos en serie, y más arriesgada aún si dichos sonetos han de constituir partes sucesivas e integrantes de un tema artístico. No creemos que usaran tal procedimiento los más eximios poetas de las grandes literaturas de pasados siglos. Si algunos escribieron muchos y muy atinados sonetos, nunca llegaron a planear el desarrollo por extenso de ningún argumento, utilizando la férrea y a veces escabrosa combinación de los catorce versos aconsonantados; y en cambio sí nos dejaron series completas de romances y de

otras combinaciones de arte menor, en las que exponen completo un tema fecundo en ideas y sentimientos artísticos.

Ha sido en épocas muy recientes cuando se ha visto utilizar, casi demasiado a menudo, el soneto como instrumento literario, en forma iterativa. Y hay que reconocer que tal empresa es sólo para poetas de auténtica capacidad e inspiración, y no para cualquier aventurado versificador por grandes deseos y entusiasmos que posea. Por eso hemos ido viendo tantos fracasos; tantas tiradas de sonetos que poco o nada han contribuido al esplendor de nuestras letras contemporáneas. (4).

Rugeles es un auténtico poeta, y las pruebas que de ello ha dado hasta el

(1) *Aldea en la niebla*. Poemas por Manuel F. Rugeles. Editorial Caribe, Ediciones Arco Iris, C.A. Artes Gráficas, Caracas, Venezuela, 1944. 126 pp.

(2) Véase nuestro comentario en *Estudios Crítico-Literarios*, Impresores Unidos, Biblioteca Cecilio Acosta, Caracas, 1945, págs. 215-222.

(3) Manuel F. Rugeles, *Puerta del cielo*, sonetos 1944-1945. Librería Voluntad, S. A., Bogotá-Caracas, 1944. 126 pp.

(4) En cambio no podemos sino recordar con agrado entre otros los nombres de los poetas Luis E. Henríquez y Pedro Rivero, cuyos libros de sonetos: "Escala de la Soledad" (1945) y "El mar de las perlas" (1943) respectivamente, merecieron justicieros elogios de la crítica.

presente, están al alcance de quien quiera comprobarlo.

Y por esta razón no ha sido un vano intento, o una llamativa pose de audacia literaria, lo que ha dejado consignado en las páginas del sonetario "Puerta del cielo", que ahora nos ocupa.

Sus sonetos son, salvo en cuatro ocasiones, de perfecto tipo clásico en cuanto al corte del verso y de las estrofas. Y lo que es más importante, —por ser condición que modernamente se olvida con frecuencia—. Rugeles ha sabido conservar la imprescindible norma artística de que el soneto desarrolle un pensamiento central que va surgiendo e iluminándose gradualmente a través de las primeras estrofas, hasta alcanzar su clímax y máximo interés, y aun dramatismo, en el terceto final. Esta condición es sustancial en la estructura interna y en el vigor de todo legítimo soneto.

Pero dejando a un lado estas indicaciones, que muchos modernos críticos tildarían de nimiedades retóricas (?), entremos un poco en el análisis del contenido poético de *Puerta del cielo*.

Tanto el título como el contenido de las secciones primera y tercera, y también algunos rasgos de la sección segunda, parecen señalar un intento de poesía religiosa cristiana. Tal vez el poeta no pretendió hacer más que lo que de hecho aparece en sus sonetos, y en este caso su obra queda encuadrada en un género muy peculiar de poesía no fácilmente clasificable, y con pocos ejemplos semejantes que podamos hallar en poetas nuestros anteriores a Rugeles. Hemos dicho que hay un como intento de poesía religiosa, pero no pasa de puro intento; y por supuesto queda completamente al margen de toda poesía mística, aun cuando en algún ligero comentario periodístico recordamos haber visto aplicarle equivocadamente tal denominación a estos sonetos.

Indudablemente, la manera toda de expresarse el poeta indica bien claro que éste no se ha puesto a cantar temas o ideas de carácter religioso ni propia ni indirectamente tales. Su poesía no tiene el tono primordialmente objetivo-sujetivo que a veces predomina en composiciones puramente re-

ligiosas. Estos sonetos son en su idea matriz, y en su concepción en la mente del poeta, eminentemente subjetivos, y por esta razón debían clasificarse como poesía lírica. Y sin embargo, nos encontramos —tras de reposada lectura y análisis— con una especie de lirismo en general poco espontáneo, y si pudiéramos usar la expresión diríamos que es un lirismo poco lírico.

Ante lo peculiar de tal manifestación, no creemos que sería del todo equivocado clasificar estas composiciones de Rugeles, —aun sin que él lo haya buscado—, dentro de la vieja tendencia parnasiana. Y tal denominación se podría razonar con algunas observaciones que brotan de las páginas mismas del libro.

Recordemos que los dos rasgos fundamentales de la poesía parnasiana fueron: el frío y persistente impersonalismo, como reacción frente al excesivo subjetivismo en que habían caído los románticos; y la perfección extremadamente trabajada de la forma externa de cada verso y de cada estrofa. De ahí brotó aquella poesía de líneas perfectas en cuanto a su "vestidura regia", de contornos y perfiles marmóreos, pero al mismo tiempo también fría como el mármol, privada de todo entusiasmo y arrebató generoso; el pensamiento y la expresión nítido e impecables, pero el producto poético desamparado del calor íntimo y del sentimiento flexible y candoroso.

No puede negarse que estos sonetos de Rugeles aspiran a ser poesía lírica, y algunos positivamente muestran ese carácter. Y sin embargo, aun en los mejores ejemplos que pudieran citarse de entre ellos, en todos se advierte, y en no pocos con claridad manifiesta, que les falta algo —que no podríamos definir o concretar en un término exacto, pero que es indispensable y ha de palparse y de gustarse en toda auténtica poesía lírica. Ese algo será sentimiento, o lozanía que debe brotar al par de la espontaneidad, o será lo que modernamente llaman *emotividad*... Aun en los momentos en que parece que el tema de un soneto va a presentarnos a toda luz el alma del poeta en plena vibración, y a contagiar al lector haciéndolo sentir al unísono con aquél, nada de eso ocurre. El lector simplemente admira la belleza marmó-

rea de "la rosa de catorce pétalos" de este o del otro soneto, y nada más!

Escudriñando un poco más en esas páginas, encontramos que los siete sonetos de la primera sección, titulada al igual que el libro mismo "Puerta del cielo", nos ofrecen en su redacción una de las formas más adecuadas de lirismo o subjetivismo, ya que el poeta habla en primera persona, y además es manifiesto el deseo del poeta de expresarse en cierta manera de intimidad religiosa. Así mismo, en la sección tercera "Sonetos de la fe en Cristo", el tema general se brindaba como ningún otro para la creación de una íntima poesía lírica de primer orden; y también en varios de estos otros siete sonetos el poeta habla en primera persona. Y no obstante todo esto, el resultado manifiesto es el mismo que en términos generales acabamos de expresar pocas líneas más arriba: el poeta nos presenta casi a todo lo largo una poesía falta de calor, de vibración y de emoción contagiosa y arrastradora. Pero adviértase que nos referimos a esa emoción contagiosa propia de la poesía lírica, emoción íntima, silenciosa, que penetra en el alma del lector mansamente, sin alboroto, pero con la callada eficacia de un perfume sutil y misterioso. Y decimos esto para salir al paso a quien creyera que echábamos de menos la emoción o vibración de ese otro género de poesía, más bien de corte épico, que hace brotar el entusiasmo por la sùlta y colorido de sus imágenes y la sonoridad de su versificación. No es esto. ¡libreme Dios de pensar así! lo que reclamamos en los sonetos de Rugeles.

Por las observaciones hasta aquí apuntadas fué por lo que nos ocurrió calificar de parnasiana la poesía de este sonetario. Porque, dicho sea en pleno honor a la verdad: Rugeles ha trabajado cada uno de sus sonetos diríase que a punta de cincel. Cada verso y cada estrofa son de una concisión extraordinaria, sin pecar por ello de oscuridad o rareza, salvo en algunas pocas ocasiones. La expresión poética ha sido hilada finamente en un trabajo tesonero y bien logrado. Y tal vez este trabajo de depuración de la forma, de aquilatamiento de las expresiones, y de búsqueda de símbolos e imá-

genes que vayan a tono con la poética de nuestros días, puedan ser factores determinantes, en parte al menos, de la frialdad parnasiana que vemos señalando.

Pero hay posiblemente también alguna razón no tanto de orden externo y de redacción, cuanto de orden más profundo y que afecta a la esencia misma de una poesía de tendencia o aspiración religiosa y espiritual, ya que de esta clase son la mayor parte de esos sonetos.

Se hace difícil, o más bien oscuro, precisar en concreto el pensamiento fundamental o la aspiración elevada que ha puesto en vibración el alma del poeta a través de los varios sonetos, y aun en el conjunto de ellos. Tal vez con un ejemplo quede más de manifiesto esta observación. El soneto quinto de la primera sección, que es de los mejor elaborados de todo el libro, y en el que la emoción parece lograr un poco más de relieve, dice así:

"Más allá de lo triste y de lo obscuro,  
busco el perfil de un gótico motivo,  
persigo el ala de un acento vivo  
y así todos mis sueños transfiguro.

No en vano el corazón dejó ya el muro  
donde solo hasta ayer vivió cautivo,  
y el verde silencioso del olivo  
le prometió su símbolo más puro.

Para poder un día estar contigo  
en paz, soñando nuevas alboradas  
y llamándote Padre, Hermano, Amigo,

queda ahora lanzar el odio al viento,  
y la ira al furor de las espadas  
y al abismo del mar el sufrimiento".

(págs. 31-32).

¿Cuál es aquí la aspiración del poeta? Ese anhelo de paz y de estar con Dios, ¿se refiere al presente, aquí en la tierra, o a la vida futura del cielo? Es doctrina constante y universal de los doctores ascéticos que la paz del espíritu y la unión con Dios aquí en la tierra, no se alcanza sin el sufrimiento; antes al contrario el sufrimiento estimula al alma y perfecciona su unión con Dios; y si se trata del goce del cielo, ningún medio más eficaz para conquistarlo como el sufrimiento llevado en generosidad y con espíritu sobrenatural. Ante esta doc-

trina, no vemos cómo el poeta pueda aspirar a una u otra unión con Dios lanzando "al abismo del mar el sufrimiento"!

La lectura superficial de ese soneto (y dígame lo mismo de otros) causa de momento una grata impresión, tanto por su forma perfecta como por sus bellas expresiones y su aparente tono de elevación espiritual. Pero al querer uno concretar el pensamiento, y extraerle a los versos su claro contenido religioso, lo encuentra lleno de vaguedad e imprecisión. Y necesariamente esta imprecisión, y estos a manera de tanteos, con frases pulidas y literariamente bellas, mediante las cuales el poeta trata de expresar ideas y sentimientos que o no conoce con claridad o cuyo manejo no le es familiar, dan por resultado inevitable una poesía carente de emoción, sin calor, que abunda en expresiones vagas y en formas neutras.

Basta analizar un poco sólo el primer cuarteto de ese soneto copiado, y nos encontramos con que casi cada verso expresa una idea vaga, indefinida y fría, que apenas logra poner en vibración el alma del lector: "el perfil de un gótico motivo", "el ala de un áncito vivo", etc. Eso son frases bonitamente dichas, pero en las que el auténtico lirismo no sale muy ganancioso.

Los ejemplos podrían multiplicarse. En todos ellos se puede observar que Rugeles, aunque con discreta moderación, se ha engolfado ya un tanto en esa corriente de poesía hiperintelectualista puesta en juego en los últimos lustros. Poesía que sus propulsores

campaneán bajo el fácil lema de decir que es para sentirse y no para entenderse; y que en la realidad de su elaboración es lo más intelectualista y lo menos lírico y sentido que pueda imaginarse. Con giros, concepciones, y hasta palabras rebuscadísimas y poco espontáneas, no pueden sino producirse poemas que para la inmensa mayoría de los lectores resultan necesariamente fríos, oscuros y por ende antiestéticos. Y poesía así intelectualista y rebuscada, verdadero parto doloroso de mentes ansiosas de originalidad, es imposible que sirva para ser sentida, como tampoco para ser entendida. Y esto lo decimos en esta oportunidad, no porque Rugeles haya adoptado en pleno esa misma actitud en este sonetario, pero sí porque algo de eso se refleja en la mayoría de los mismos sonetos.

Añádase a esto el que muchos sonetos están redactados además en una forma completamente impersonal; lo cual acaba por acentuar aún más su frialdad y falta de emotividad.

Y es de sentirse que esta sea la realidad. Porque la diligencia que se advierte en este trabajo de Rugeles, es prueba de la sinceridad con que lo acometió. Pero no le fué posible superar, en este primer intento, la grave dificultad y duro riesgo que implica la poesía lírica religiosa. Por eso son tan contados los grandes y auténticos poetas en ese género. Creemos pues justificado, —en parte al menos—, el calificativo de parnasiano que hemos dado al libro "Puerta del cielo".

Pedro P. Barnola.